Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 5

San José, Costa Rica **1928** Sábado 4 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

El problema internacional de Centroamérica y Cuba

=De *El Sol*. Madrid=



Fernando de los Ríos

La busca del petróleo.—Para darse cuenta del problema político internacional planteado en Centroamérica, así como en buena parte del Sur, es preciso tener presente hasta qué punto el factor económico va condicionando en Norteamérica su actitud para con los pueblos más próximos. La evaluación del Geological Survey de los Estados Unidos respecto a sus reservas petrolíferas, evaluación que no augura un plazo mayor de veinte años al agotamiento de los yacimientos conocidos hasta hoy en aquel país, y el relieve industrial que ha llegado a adquirir el petróleo, son motivos suficientes a explicar la excitación que produce en determinados medios norteamericanos cuanto con ese producto se relaciona. Los franceses han llegado a decir, para expresar la importancia actual del petróleo en la política mundial, que así como antaño ante un problema político difícil siempre estaba en su punto el «cherchez la femme», hoy lo adecuado es «cherchez le petrôle». Por los campos de Centro y Suramérica van los equipos de sondaje de la Standard y otras Compañías menores realizando investigaciones y en conexión con esas indagaciones están, así los últimos actos políticos de Venezuela, cuanto los empréstitos a Colombia.

El problema político en Centroamérica.—Mas Norteamérica tiende hoy a concentrar sus juveniles y vigorosos esfuerzos de expansión en la zona llamada de Panamá, tomando como linde circunstancial de su colonización industrial y financiera Centroamérica hasta la frontera venezolana. Razones de alta política influyen en esta actitud; especialmente, el querer mantener bajo su directa vigilancia industrial y militar el canal de Panamá y el eventual de Nicaragua, consiguiendo por añadidura la inmensa ventaja política que representa para cualquier conflicto mundial posible el tener en su mano la ruta o rutas comerciales que unen al Atlántico con el Pacífico. Dos cosas le son precisas si ha de lograr su empeño: una, extender su influjo económico en los países enclavados en esa zona, defendiendo como secuela jurídico-política de la importación de capital el principio de la tutela o protectorado de que habló Roosevelt en 1904; esto es: el carácter público internacional de todo préstamo; la otra, impedir que se produzca en ese punto una concentración política de fuerzas que pueda representar una variable modificadora de la apetecida resultante.

Lo primero lo han coseguido mediante la integración llamada vertical del *truts* denominado *Trust de la Banana*, *trust* frutero, bajo cuyo poder no sólo ha caído el comercio de frutas sino la mayor parte de los ferrocarriles y Marina mercante de los pueblos que forman la América Central: Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras, y a lo cual se han unido préstamos ocasionales a algunos de los Gobiernos; mas lo segundo, o sea el impedir la concentración política de esos pequeños pueblos, ¿es que ha sido preciso? ¿Ha habido ocasión de ponerlo en práctica?

El Tratado Bryan-Chamorro.—A fin de establecer la paz en Centroamérica, habíanse reunido en 1907 en Washington, por iniciativa del Presidente de la República de Méjico, don Porfirio Díaz, y del de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt, los plenipotenciarios centroamericanos. La paz centroamericana dió con ello un paso de importancia suma: de allí salieron, en 20 de diciembre de 1907, entre otros instrumentos diplomáticos, dos de trascendencia inusitada para los pueblos representados; a saber: el Tratado general de paz y amistad y la Convención para el establecimiento de una Corte de Justicia Centroamericana, sin contar la Convención sobre comunicaciones y sobre un Instituto Pedagógico para los cinco pueblos. El ex-Presidente de El Salvador D. Carlos Meléndez pudo escribir en 1913, con razón (*El Golfo de Fonseca y el Tratado Bryan-Chamorro*, pág. 10) que jamás Centroamérica había estado organizada por sistema de relaciones de Derecho internacional positivo tan completo y uniforme como el que se ha formado en virtud de las esti-

pulaciones de esos pactos»; y añadía: «Los resultados que cada día se obtienen con su aplicación dan la mejor prueba de que con ese sistema de organización diplomática y política los cinco pueblos del istmo caminan rápidamente a su fusión definitiva». El ex-Presidente Meléndez tenía razón: los acuerdos de Washington habían sido llevados a la práctica, y Centroamérica caminaba a su unidad; mas halló un obstáculo que es aún hoy el centro de gravedad de su política internacional; ese obstáculo fué el Tratado Bryan-Chamorro, o sea el firmado el 5 de agosto de 1914 entre Estados Unidos y Nicaragua. Por este Tratado, Nicaragua cede perpetuamente a los Estados Unidos, libre de todo impuesto o carga pública, el derecho a excavar y mantener el canal interoceánico; le da en arriendo varias islas del Pacífico; le permite el establecimiento de una base naval en el Golfo de Fonseca, en el Pacífico, por noventa y nueve años prorrogables, y le concede a perpetuidad el derecho de navegación de la Marina mercante norteamericana en las mismas condiciones que la de Nicaragua. El territorio arrendado y la base naval quedaban sometidos exclusivamente a las leyes y soberana autoridad de los Estados Unidos. A cambio de todo esto Nicaragua recibía... tres millones de dólares para reducir su deuda y... la fiscalización de la inversión.

Los restantes pueblos de Centroamérica, especialmente Costa Rica, El Salvador y Honduras, protestaron contra dicha Convención, por ver en ella una amenaza a su independencia. La eventual apertura del canal utilizando el río San Juan, que forma el límite de Nicaragua con Costa Rica, pone de manifiesto cómo Nicaragua había cedido, y los Estados Unidos aceptado, aquello de que no podía disponer Nicaragua. Otro tanto acontece con la cláusula referente al Golfo de Fonseca, en cuyas aguas quedan costas de Honduras, El Salvador y Nicaragua. El Salvador apeló a la Corte de Justicia Centroamericana, que venía funcionando desde 1908. Con gran autoridad, en el apartado tercero del fallo dictado por ese Tribunal se dice «que el Tratado Bryan-Chamorro, por la concesión que contiene de una base naval en el Golfo de Fonseca, amenaza la seguridad de El Salvador y viola sus derechos de condominio en las aguas de dicho Golfo»; y en el cuarto se señalan las violaciones del Tratado de paz y amistad suscrito en Washington; Nicaragua rechazó el fallo de la Corte Suprema, y ante el desacatamiento de que era objeto, termina ésta sus días en 1918.

La unidad de Centro América.—Mas la causa de la Unidad de Centroamérica pervivía y persiste en zonas amplias de las clases medias e intelectuales de aquellos países. El recuerdo de 1823-1839 no se ha extinguido. En 1920, El Salvador, pueblo culto y a fuer de tal sensible a los grandes problemas, creyó que de nuevo era propicio el ambiente para intentar la formación de un Estado común. Los centroamericanos saben lo que en América pueden significar—dada la escasa densidad de población—sus cinco millones y medio de habitantes en cuatrocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, que es la población y extensión global de todos ellos; conocen las riquezas de sus países respectivos y no quieren renunciar a ser los fautores de su porvenir y los titulares de su soberanía. ¿Qué suerte cupo al intento de 1920? En la Casa de Centroamérica, donada por la figura benemérita de Carnegie y establecida en San José de Costa Rica, celebróse la Conferencia con delegados preeminentes de los cinco pueblos y con un programa redactado por la Oficina Internacional Centroamericana, que no había dejado de funcionar desde 1908.

La cuestión Nicaragua surgió inmediatamente que se aprobó la Unión de Centroamérica y se constituyó la Comisión encargada de redactar el proyecto de pacto. No bastó asignar a la Federación el encargo de gestionar las modificaciones de todos los Tratados subsistentes que pudieran perjudicar, se decía, a la Federación que se iniciaba, pues la Delegación de Nicaragua pidió que se consignase expresamente lo que sigue: «Los Estados contratantes conocen la validez y eficacia del Tratado celebrado por Nicaragua con los Estados Unidos de América el 5 de Agosto de 1914, y el derecho de Nicaragua para cumplir y celebrar los arreglos y Convenciones que de él se derivan». Pero dados los términos del Pacto Bryan-Chamorro, y de la situación creada a los demás pueblos del itsmo, era imposible que aceptase la Federación como obligación suya lo que tan en su sustancia la debilitaba; fué rechazada, pues, la proposición, y al fin hubo una transacción que obligaba a cada Estado a respetar los Tratados vigentes entre ellos y naciones extranjeras, en tanto «el Gobierno federal mediante gestiones diplomáticas, no hubiera obtenido la modificación, derogación o sustitución de los Tratados». Si el Tratado exigía una demarcación territorial, celebración de Convenios adicionales u otras diligencias, obligábase el Gobierno federal a proceder en tal asunto «de acuerdo con el Gobierno del Estado comprometido». La Delegación de Nicaragua aceptó. Mas el Gobierno de Managua desautorizó la aprobación de sus delegados; era preciso, por consiguiente, hallar una nueva fórmula que satisficiera a aquél; creyó su Delegación haberla hallado pidiendo que, como parte del Pacto y como reserva a él, se incluyese el Tratado de Nicaragua con los Estados Unidos, y así se hizo, añadiendo esta otra cláusula, a petición de otros meimbros: «Las Repúblicas de Costa Rica, El Salvador y Honduras advierten a su vez que aceptan la reserva anterior en el concepto de que, de conformidad con la declaración del senado americano al ratificar dicho Tratado, éste no tiene en mira afectar, ni afectará, ningún derecho existente en los referidos Estados». *(Libro Rosado de El Salvador*, julio 1921).

Terminada de esta suerte la rèdacción del Pacto federal centroamericano, la Delegación nicaragüense recibió de Managua la orden de no suscribir, por considerar la reserva última «contraria al honor y dignidad de Nicaragua». Los cuatro pueblos restantes firmaron la Constitución de la República de Centroamérica, y los Congresos de El Salvador, Honduras y Guatemala aceptaron; pero en el de Costa Rica, si bien hubo mayoría, no hubo quórum. Surgió, pues, la República Centroamericana con tres Estados miembros: Guatemala, El Salvador y Honduras, cuya capital Tegucigalpa, advino la del nuevo Estado federal.

Se necesitaba el reconocimiento de Centroamérica; mas cuando todo parecía conseguido, estalla un movimiento militar en Guatemala (1921), donde había habido veinte años de paz; Washington aconsejó al Conse-

Biología del mecánico

INDUDABLEMENTE, el aviador que ahora salta el océano vive como no vive todavía la humanidad. No será el tipo actual del hombre superior, pero es más que un paso en cierta variante de la especie. El tipo superior de una especie acaba por no ir a ninguna parte: es un fin. La especie varía por posibilidades descarriadas. Las bestias superiores se ahogaron en el diluvio, mientras que algunas bestezuelas que andaban por ahí perdidas se salvaron y fueron ellas las que salvaron a Noé, las que hicieron posible el advenimiento de este empresario de casa de fieras que es el hombre. El advenimiento del aviador lo ha hecho posible el ciclista, que es el mono de la mecánica. El hombre sigue descendiendo del mono. El aviador, aunque menos que el *chauffeur* y mucho menos que el ciclista, corre todavía con las manos y con los pies; es decir: en cuatro patas. El aviador no vuela. Le han levantado la metáfora de que vuela las personas que no volarán nunca, porque son anteriores al mono mecánico y siguen admirando a los pájaros y a las flores. El aviador es más que el cuadrúpedo en la variación de las especies mecánicas. Se apoya en las mil patas de sus sentidos multiplicados. Es el tipo más perfecto del hombre nuevo, del hombre empírico.

Así es un Lindbergh.

CORPUS BARGA

(El Sol, Madrid).

jo federal de Tegucigalpa que no interviniese en Guatemala, en interés de la paz de Centroamérica, y Guatemala reasume su soberanía. Ante esta triste defección, Honduras y El Salvador hicieron lo propio, volviendo a ser cinco los Estados del istmo el 29 de enero de 1922; sin embargo, el Consejo federal no ha dado por terminada su misión, sino por aplazada. El Presidente Herrera, de Guatemala, el depueso, era un unionista entusiasta; no así, como se ve, quien le sucedió. ¿Es acaso que la opinión guatemalteca no participaba de los deseos de unión? La Cancillería de Norteamérica ha sostenido, y así está consignado en las Convenciones centroamericanas suscritas en Washington en 1923, que no puede reconocer Gobiernos que surjan por la acción de la violencia; así lo ha dicho reiteradas veces; pero la Cancillería Norteamericana, que dilató los *pourparler* con la Delegación de Centroamérica, hija de la voluntad de sus órganos legales, y no llegó a reconocerla, reconoció en seguida al nuevo Gobierno de Guatemala.

El pacto de Tacoma y el estado actual del problema centroamericano. — A bordo del buque norteamericano *Tacoma* se reunieron y firmaron en 20 de agosto de 1922 un Pacto defensivo los Presidentes de El Salvador, Honduras y Nicaragua con la representación de los Estados Unidos en esos países. El Convenio de *Tacoma* marca una etapa definitiva en la política internacional de Centroamérica, ya que en su primer artículo se declara válido para el Salvador y Honduras, así como lo era para Nicaragua, la autorización a los Estados Unidos para construir libremente el canal y establecer una base naval en el Golfo de Fonseca. La ulterior Conferencia centroamericana, celebrada en Washington en diciembre de 1922, mediante programa redactado por la Cancillería norteamericana, acordó la creación de un Tribunal internacional centroamericano, con quince jueces norteamericanos y cinco de los países que constituyen Centroamérica; la reducción de armamentos, la fiscalización de las Aduanas como garantía de los empréstitos, cual ha acontecido a El Salvador, para no citar sino un caso entre varios, han sido etapas de un proceso, siempre el mismo. El postrer acto, hasta ahora, del desenvolvimiento de este capítulo político ha sido la intervención militar en Nicaragua, iniciada a fines del año próximo pasado para sostener a Díaz, de quien, con ese motivo, dijo una de las revistas políticas más serias de Norteamérica (*The New Republic*, January 5, 1927) que ha sido *(a notorius tool of the United States for many years)* un manifiesto instrumento de los Estados Unidos durante muchos años.

Si la consecuencia de esta intervención es el Tratado de alianza ofensiva y defensiva solicitado por Díaz del Parlamento en su mensaje de 28 de febrero de 1927, y por éste acordado, ha terminado una etapa de la historia política de Nicaragua y tal vez de todo Centroamérica. El Tratado solicitado contiene tres cláusulas, cuya finalidad la explica así el presidente Díaz: «Crear una situación jurídica con los Estados Unidos que convierta el hecho inexorable de las intervenciones armadas en un derecho escrito que pueda ser alegado por la parte débil y ejercido por la parte «fuerte»... Para dar solidez a este propósito, Nicaragua concede a los Estados Unidos «el derecho de intervención» y le impone «la obligación» de garantizar la «independencia, soberanía e integridad territorial de Nicaragua». Este acto de Nicaragua, a más de ser profundamente penoso para Hispanoamérica, es insólito en los anales internacionales.

El problema internacional de la América Central está, pues, muy claro; es tan transparente, que se ven muy bien las fuerzas históricas que constituyen los centros de impulsión; se ve con harta diafanidad que esa política no podría perdurar si hubiese una justicia internacional que sopesase el valor real de los factores que juegan un papel en cada uno de los momentos de esa etapa de acrecentamiento de vigor para el robusto y de debilitación progresiva y ocaso político para los débiles; se ve asimismo con acuidad la importancia que podría revestir, para impedir esto último, el nacimiento de una Federación formada por los más necesitados de apoyo mutuo, y también se explica la celeridad consiguiente que en estos últimos años ha sido desplegada para deshacer las coaliciones u orgánicas constelaciones de pequeños pueblos de Centroamérica. ¿Mas puede verse con tranquilidad, para quien se inquiete por el porvenir, este despliegue de un pueblo tan poderoso?

Fernando de los Ríos

El poeta List Arzubide defiende el mando actual de México

Xalapa, Ver. Diciembre 24 de 1927.

Señor don J. García Monge

Repertorio Americano

Costa Rica

Estimado señor y amigo:

En el último envío de su siempre admirable periódico, encuentro una carta de cierta eximia educadora mexicana, que se refiere a los sucesos acaecidos en los últimos meses en México, y que dicha eximia señora califica como «desencadenamiento de todas las malas pasiones» aplicando esta frase a los hombres del actual poder en mi patria.

Creo que ha llegado la ocasión de hacer algunas aclaraciones sobre nuestra calumniada lucha, máxime cuando gente que antes estuvo con ella es ahora de sus más enconados enemigos—me refiero a Vasconcelos, cuya actitud explicaré dentro de breve tiempo por manifiesto que dirijo a la juventud de América—y esto se presta a fantásticas lucubraciones de quienes están esperando una oportunidad para acusarnos; y son las cartas de gentes como doña Elena Torres, espíritus asustadizos, que ven el presente doloroso y no se acuerdan del amargo pasado, las que vienen a confirmar lo que de propósito se maldice de nosotros.

Seguramente es el verse privada de sus clases, lo que hace más intenso el odio con que la señora Torres se refiere al momento actual de México, pero desde luego no es buen signo acusar por cuestiones personales a una intención popular, y esto hay que decirlo de todos o casi todos de nuestros opositores, que obligados a abandonar el país o los puestos que mal llevaban como enemigos del Gobierno, perdiendo pingües beneficios casi siempre torcidamente adquiridos, motejan airadamente la lucha proletaria que en conjunto ignora las miserias de unos cuantos.

Pasaré a referirme a la carta, donde se dice que se van a denunciar los vicios y las insinceridades de hombres que en nombre de la revolución han cometido los crímenes más abominables... etc. etc., y se habla de asesinatos y traiciones, haciéndose eco y afirmación de los decires interesados de gentes que acusan con malignidad, procurando que «quede algo» de lo mucho que se dice; pero no cuenta la señora Torres que estos crímenes —fusilamientos de generales y sacerdotes previo juicio sumario como las circunstancias lo imponían— fueron cosa obligada por los mismos ajusticiados, cuando soliviantados por el oro de los enemigos del Gobierno de la Revolución,—petroleros y latifundistas—volvieron las armas o el poder espiritual de que disponían por entrega del mismo Gobierno, contra el que en ellos confiara. Y esto sí es traición.

Se fusiló a los Generales, cuando públicamente habían ya defeccionado y estaban en lucha abierta contra los postulados populares, y es de todos sabido que se pudo haberlos ajusticiado antes, pues tal defección estaba ya prevista y confirmada desde mucho atrás que aconteciera y no se ignoraba la propaganda que a su sublevación venían haciendo, aconsejados por los que se interesan en destruir el Gobierno que ha venido haciendo justicia para las mayorías con el natural menoscabo de las ganancias de las minorías; y si no se les detuvo entonces, fué precisamente para evitar que se aplicaran estos sucesos a desacreditar al Gobierno, como claramente se ve que se pretende aún, sólo que ahora ya sin elementos para lograrlo. Lea el que quiera saber cómo se prepararon los acontecimientos a que me refiero, algo

de lo que ha escrito Luis Araquistain, a quien le bastó con su penetración de observador estar un momento entre nosotros para advertir como se gestaba la lucha sostenida solapadamente por los eternos enemigos del pueblo; y en su artículo *Los muñecos trágicos* desenmascara la maniobra de estos testaferros de intereses bastardos.

¡Ah! si los enemigos hubieran sido los vencedores, como esperaban serlo por su traición, y hubieran hecho fusilar a los hombres del Gobierno revolucionario de hoy, y los petroleros, los latifundistas y el clero readquirieran sus antiguas privanzas, la señora Torres y sus amigos estarían nuy contentos, pero diez millones de hombres comenzarían a sufrir nuevamente como se sufrió de verdad durante el terror porfirista.

Es cierto que se expulsó a los «mejores editorialistas» porque expresaban sus «elevados pensamientos» pero es cierto también, que esos escritores son los mismos que formados al amparo de Porfirio Díaz, vivieron adulando servilmente al dictador; y cuando éste cayó por la justicia del pueblo, se dedicaron a atacar y calumniar a Madero, preparando la traición de Victoriano Huerta, con el cual estuvieron todos ellos como sus sostenedores y consejeros, incensándolo mientras el monstruoso asesino hacía caer en la sombra, a cuantos trataban de oponerse a sus violencias, algunos de estos sacrificados, verdaderos valores intelectuales, como la sangre del poeta nicaragüense Solón Argüello lo puede asegurar. Y estos «mejores» empleaban su talento en justificar con loas, versos y discursos suntuosos, los abominables delitos de un siniestro criminal. Por esto, cuando Carranza derrotó al usurpador, todos estos individuos salieron huyendo y fueron a vivir al destierro temerosos de que se les exigieran cuentas de sus actos.

La Revolución magnánima—nosotros dijimos entonces que torpe—los perdonó, regresando todos bajo la promesa de venir a ayudar a la reconstrucción; y cuando se sintieron fuertes por el número y porque algunos revolucionarios estúpidos creyendo en sus «elevados pensamientos» los protegían ansiosos de encontrar directores para la lucha instintiva que habíamos sostenido, se refugiaron en un periódico, para arrojar sistemáticamente calumnias y diatribas contra los mismos que los habían perdonado, sobre los cuales se erguían orgullosos de su ciencia malvada que sólo había servido para endiosar tiranos y asesinos.

En vano los revolucionarios clamamos desaforadamente que allí estaba el enemigo y que era necesario hacerlo callar por el medio más fácil: pidiéndoles responsabilidades por su pasado; todo fué en vano, nadie nos quiso escuchar, hasta que los resultados hicieron ver a todos claramente, cómo el periódico de tales individuos, había envenenado el ambiente con sus «elevados pensamientos» sembrando la división entre las mismas filas de los revolucionarios; y por ello innumerables veces los que estamos identificados con la lucha, sufrimos el acoso del mismo Gobierno al que la gritería de estas gentes ofuscaba. Es necesario que usted sepa que el periódico donde esta intelectualidad se refugió y que es declaradamente enemigo del Gobierno desde hace años—para que se vea como es mentira lo de las persecuciones, pues entonces dicho periódico no existiría, ¡y vive y medra y se enriquecen con él nuestros enemigos!—fué fundado con el apoyo decidido de un general, quién sorprendido por un aristócrata insinuante, cedió parte de la maquinaria de un diario que Carranza había confiscado al huertismo y sostuvo la empresa con dinero de la Revolución hasta hacerla crecer y asegurarse lo suficiente, para volverse contra los mismos que la fortalecieron... ¡Estas sí han sido torpezas de la revolución!

No sé lo que la señora Torres pretenda, al referirse a la moral de Obregón, pero ella no ignora que cuando Obregón fué Presidente, esa canalla intelectual fué perdonada y regresó del destierro para vivir de la calumnia, atacando despiedadamente al mismo que los perdonó. Y Obregón no los tomó en cuenta a pesar de que nosotros, los revolucionarios jóvenes, que sabíamos la vida y la conducta de esas gentes, que no ignorábamos como prepararon con sus escritos la muerte de Madero, cien veces pedimos su expulsión, porque suponíamos fundadamente que lo que pretendían era repetir su vileza, como la rebelión de Adolfo de la Huerta lo confirmó.

Se dice que nadie tiene derechos en México; que se soportan los impuestos más injustos; que todo es muerte y exterminio y yo juro a usted por la juventud de mi patria que todo esto es mentira, abominable y vil mentira; por que si alguna vez se ha hablado de inmoralidades en ciertos funcionarios, ha sido cuando nuestro rencor ha visto, cómo los cómplices de Porfirio Díaz y de Victoriano la Huerta, viven en París espléndidamente mientras sus administradores les remiten los réditos de sus fincas, de sus haciendas, y nadie se resuelve por no hallar una razón legal en nuestros códigos burgueses a confiscar esas propiedades para entregarlas al pueblo; que si es algo que pugna con la Ley, está en el derecho de los pueblos que no hicieron sino soportar esa ley como una amenaza.

Amigo García Monge: quiero decirle para que lo sepa todo el mundo, que si la revolución mexicana tiene algún pecado, es el del pronto olvido de las culpas ajenas. Y es por esto que los enemigos pueden mezclarse a nosotros y sembrar la división para debilitarnos, que es lo que esperan realizar para caernos encima y destruirnos. Pero no lo lograrán pese a los lloriqueos de las mujeres. La revolución con su aparato de sangre que no es sino el resultado de una dolorosa defensa, camina hacia el bien, hacia la justicia del peón que hoy tiene escuelas, campos y derechos, y esto vale más que las satisfacciones de unos cuantos menguados que aprovecharon sus días de ventaja que la inteligencia les dió, para vivir su mezquino egoísmo.

Yo sé que no todo es claro en mi patria, que en el caos de toda batalla, los thenarhiers han caído muchas veces sobre los muertos para llevarse el botín. Que la política es en muchos aspectos ruin y ambiciosa, mas: ¿cómo podría ser de otra manera, si los treinta años de paz de Porfirio Díaz no levantaron una escuela para el pueblo, ni dieron un ideal a la juventud?

Pero mientras los revolucionarios nos ufanamos por aclarar los destinos de nuestra lucha, por alzar una vida mejor con el libro—espero sea ya en su poder una colección de los libros que hemos editado y que le he enviado—con la cátedra, con la tribuna y con la prensa nueva, los enemigos nos estorban cuando pueden, nos calumnian hasta donde les alcanza el odio y ya en último recurso recurren a las lamentaciones para atraer sobre su gemebundez la conmiseración del mundo.

¿Por qué cuando tuvieron el oro, la paz, el tiempo nada hicieron? Y ahora que nosotros hacemos lo imposible para reformar esa herencia maldita y en el campamento, fusil en mano, leemos, escribimos, y meditamos buscando la solución a los problemas que ellos nos

Salud, oh Lindbergh...

Salud, oh Lindbergh, señor de las alturas, mago del aire, soñador voluptuoso del abismo.

El viento que te ha mecido entre sus brazos, las nubes que han besado tu frente de visionario, el sol que dio lumbre a tus ojos y resecó tu piel, han sentido tu propia emoción y han oído los latidos de tu corazón, cuando al golpear el pedernal de tu alma encendió en ella la chispa luminosa que hizo subir el canto de la gloria hasta tus oídos.

Hermes humanizado que bebiste en los astros la luz divina de la ciencia, que has visto desde lo alto la miseria de los hombres ¡Dios proteja tu destino!

¡Quién pudiera, colgado de una de tus alas, atravesar el infinito para empapar su corazón en éter puro y volver luego al mundo purificado y redimido!

Dios te guíe—ginete alado y maravilloso—por los senderos ignotos que te llevan hasta la cumbre del ideal.

ERGANE

San José. Enero 1928

acumularon, sin descorazonarnos porque el medio no nos comprenda y nos sea muchas veces hostil desconfiando de los intelectuales—culpa de ellos —sin perder la fe en la vida, y todavía teniendo que salir a cada momento a batirnos con ellos y lo que es más triste con nuestros propios compañeros, a los que ellos ofuscan y engañan para lanzarlos en nuestra contra, ahora vienen llamándonos crueles porque ejercitamos el derecho de legítima defensa.

Y nada de malos vientos que corrompan al pueblo: En el último Congreso de Comunidades Agrarias efectuado en Xalapa, Veracruz, doscientos delegados campesinos, vestidos de calzón de manta y huaraches, reunidos para deliberar, lo primero que aprobaron fué la obligación impuesta a cada pueblo de levantar su Casa Escuela y junto con ella la casa del maestro. El que esto escribe fue comisionado por la Dirección General de Educación para hablar con los Delegados sobre los problemas de la Escuela Rural, y puede asegurar que jamás vió grupo más interesado en las cuestiones de educación que los pobres y explotados hijos del campo. Y estos hombres que viven en comunidad, sembrando el campo suyo y el de las viudas de la revolución, no hablaron durante el tiempo que duró el Congreso sino de la forma de lograr que la tierra produjera más para salvarnos de la tributación extranjera.

Claro que falta mucho por hacer; pero desafío a los enemigos a que digan si en plena batalla, rodeados por el encono, teniendo enfrente la amenaza yanqui que los contrarios no han vacilado en mover hacia nosotros; pobres por esa misma lucha que nosotros tuvimos que iniciar para salvarnos; teniendo que soportar a los políticos voraces —herencia de un medio que otros prepararon—, no hemos hecho por el pueblo ideológica y materialmente, más que los treinta años de paz hicieron y eso es obra de Obregón principalmente, porque bajo su gobierno la tierra y el libro tuvieron un místico prestigio.

Que esto se ha realizado con dolor, es cierto, pero ese dolor no ha sido nada más de los contrarios; las doscientas mil viudas de los soldados revolucionarios no me dejarán mentir.

Por separado le remito ejemplares fotográficos que le afirmarán lo que aquí sostengo, y crea, mi querido amigo, que esta voz mía es la voz de una juventud que sin dádivas, sin puestos de significación, sin más arma que su sinceridad y su anhelo, va con la revolución ardientemente, porque sabe que ella es la justicia hacia el indio, hacia el obrero, aunque esto duela a las minorías que gustaban de sus privilegios.

Lo estima profundamente,

Germán List Arzubide

Apartado 71—Xalapa, Ver. México.

El viaje presidencial

Venganza de criados

= De *Patria*. Rep. Dominicana =

Desde Jorge Washington, el primer productor de honorarios en las notarías de Virginia, «el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos», precisamente porque era el más rico, el primero en la especulación con el sueldo del ejército, el primero entre los terratenientes, el primero entre los tenedores de la deuda pública y el primero entre los propietarios de esclavos [1], desde Jorge Washington, digo, hasta Calvino Coolidge, el gobierno de los Estados Unidos de América, fundado por el hacendista Hamilton, no es sino un fiel servidor de la plutocracia.

Para explotar países, esa plutocracia necesita empresarios, y uno de sus empresarios más perfectos y sagaces, es Bornó.

Cuando, hace pocos meses, estuvo en esta ciudad el aparatoso senador King... Pero ¿qué es un senador americano? Un senador americano es como el agua, una cosa sin color, olor ni sabor; es decir, un profesional de la política yanqui, un ciudadano sin principios ni ideales, encargado de la conservaduría de los privilegios de la plutocracia.

Es, pues, imposible que King ni ningún miembro del senado americano puedan tratar de reaccionar seriamente contra la preponderancia de esos privilegios cuyo custodio es el senado desde 1787; y sus rebeldías y sus apostolados en pro de las víctimas de la plutocracia, están tan bien calculados como los saltos mortales de un acróbata.

El acróbata capitolino vino a este país, que es uno de los mil circos de la política yanqui, con su salto calculado para caer del lado acá de la frontera. Dos pequeños acróbatas del nacionalismo haitiano le tuvieron bien la manta, de modo que no había miedo de que él ni ellos se desnucasen. De igual modo los nacionalistas haitianos le han tenido ahora la manta tan bien agarrada al general Vásquez, que el éxito del salto mortal de su maravilloso viaje occidental estaba asegurado.

El pueblo dominicano, que no estaba en el secreto del senador King, protestó atronadoramente, en un mitin, contra el presidente Bornó y contra la Ocupación americana en Haití, mientras dos espectadores de la farsa, pero auténticos patriotas, veros descendientes de Dessalines, los hermanos Moravia-Morpeau, denunciaban a los farsantes y quemaban luego a Bornó en efigie, a falta de algo mejor.

Todo este revolvió el ambiente, y el empresario de la plutocracia americana en Haití, envuelto en el mayor ridículo y acribillado por los dardos del odio y el desprecio del pueblo dominicano, se vió obligado a renunciar a su anunciado viaje a Santo Domingo, adonde debía venir por orden de la Casa Blanca, para «transar el problema fronterizo».

Pero la venganza es el placer de los dioses, y no en vano el Dr. Bornó, para los periódicos palaciegos, «sabe saludar con la elegancia y distinción de un príncipe de la corte del Rey Sol, y está colocado, *por su contextura moral*, en la primera línea de los grandes estadistas del continente».

El Dr. Bornó ha aprovechado bien la situación en que le colocaba su pasiva actitud de visitado. Si el presidente Vásquez hubiera escuchado a su pueblo en vez de prestar atención al gobierno de Washington, no habría ocurrido esta nueva farsa, con la cual el ladino presidente haitiano ha matado dos palomas de un tiro: primero, se ha vengado del odio y desprecio del pueblo dominicano presentando, a los ojos del mundo, al gobierno de la República Dominicana, en la ridícula y desatentada actitud de rendirle pleito homenaje a él, que es el más caracterizado *maneger* del imperialismo yanqui en las Antillas (del pleito homenaje a la Ocupación Militar Americana en Haití hablaremos luego); y segundo, ha atraído al Estado Dominicano que quizás se encuentra hoy en las manos menos peritas de cuantos lo han manejado a través de su historia, a su propio palacio, guarnecido por la soldadesca yanqui, la cual impera en Haití para imponer la omnímoda voluntad de los Estados Unidos de América, en materia de fronteras domínico-haitianas, como en cualquiera otra materia, sobre la débil, desorientada y políticamente interesada voluntad del gobierno dominicano.

El ridículo—no hablemos por ahora del peligro,—el ridículo del viaje a Haití es una consecuencia de la falta de carácter del senador King y de la Unión Patriótica Haitiana. Si King hubiera emprendido su viaje a Haití, Vásquez se habría abstenido del suyo. Pero Vásquez sabía que los nacionalistas haitianos se abstendrían cuando él pisara territorio haitiano, del mismo modo que se abstuvieron cuando King pisó territorio dominicano. En ambos casos los directores del nacionalismo haitiano han sido cómplices de Bornó, y éste ha podido realizar

1 «El primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos, era también el primero en las notarías públicas y en los bancos; pues tenía la fortuna más sólida y cuantiosa de su época y sus bienes radicaban en todas las provincias norteamericanas»

Carlos Pereyra: *La Constitución de los Estados Unidos.*

«Washington de Virginia, era probablemente el hombre más rico de su tiempo en los Estados Unidos, y su habilidad financiera no tenía quien la superara».

C. A. Beard: *Economic Interpretation of the Constitution.*

contra el pueblo dominicano, esta plebe con admirable instinto, mala cabeza y corazón de oro, una venganza de criados.

Los actuales líderes del nacionalismo haitiano no tienen nada de heroicos, y están sacando victorioso a Bornó. Por lo pronto, abrieron de par en par al presidente Vásquez, con toda humildanza y en favor de Bornó, puertas que cerraron a King. Ellos han sido los porteros de palacio entregando silenciosamente las llaves de una oposición decidida y salvadora; pero si ellos han sido los porteros, nosotros ay!, hemos sido los barrenderos.

Por las puertas que ellos abrieron, hemos entrado nosotros para barrerle la casa al imperialismo americano y bruñir las cerraduras que tienen cautiva la libertad de Haití. Y lo más lamentable del caso es que una parte de la prensa dominicana, olvidando que la prensa sólo debería ser pureza, nobleza y hermosura, haya usado su antorcha como escoba, para recoger miga jas de pudín y sobras de champaña.

Si los hombres de Washington son los amos, ¿qué son quienes en Haití sirven sus intereses con absoluta prescindencia del honor y de la soberanía haitianos? Por parte de Haití, el viaje del presidente Vásquez es un servicio de menestrales: maniobrando hábilmente, el presidente haitiano nos ha puesto a cantar en coro, en la escalinata del palacio nacional de Port-au-Prince, un himno en loor de su amo, y a jurar en falso *urbi et orbi*, que la Ocupación militar de los Estados Unidos de América en Haití no es tal Ocupación, y que Haití es un Estado libre, independiente y soberano.

El Dr. Louis Bornó se ha vengado cruelmente de la antipatía del pueblo dominicano, el cual no estuvo sinceramente representado ni en lo mínimo por *el séquito oficial* de nuestro presidente, séquito compuesto de algunas familias de políticos incondicionales y de individuos sin carácter. Es necesario que se sepa, por el terrible ridículo y la terrible responsabilidad que entraña ese viaje, el cual significa el mayor disparate cometido hasta ahora por la administración actual, es necesario que se sepa, y lo decimos cumpliendo un sagrado deber de periodistas, que en Santo Domingo el gobierno no ha representado nunca la voluntad del pueblo, y acaso hoy menos que nunca; y que, por tanto, el pueblo dominicano no se hace solidario de este inconsulto e inconcebible paso de su gobierno, sino que antes bien lo rechaza y condena con todas las fuerzas de su alma.

Américo Lugo

Tablero

=1928=

Esto sabemos de Ezequiel Martínez Estrada, el poeta argentino de quien dimos con gusto una *Página lírica* en la entrega anterior:

«¿Recibió usted el libro *Argentina* de Ezequiel Martínez Estrada? Vale la pena intentar una selección para su *Repertorio*. Martínez Estrada es de nuestros mejores poetas jóvenes, si no el mejor. *Argentina* es su cuarto libro de versos y el que más bien lo representa. A mi juicio, puede usted transcribir los poemas IV y X de la primera parte y algunos otros de la parte segunda. Por ejemplo; *La Estancia, Trilla, El mate* (notabilísima), *Córdoba, Hortalizas, Sábado*... Si yo tuviera tiempo le haría unas líneas de prólogo. Pero creo que no hace falta. En la *Antología* de Noé encontrará algunos datos biográficos del poeta. Pocos.

»Desde ya le quedo reconocido por todo lo que haga en favor de Martínez Estrada. El se merece siempre mucho más».

(Fragmento de carta)

Los datos del Dr. Noé.—Ezequiel Martínez Estrada nació en San José de la Esquina (Provincia de Santa Fe), el 14 de setiembre de 1895. Ha colaborado en *La Nación*, *La Razón*, *Nosotros*, *Plus Ultra* y otras revistas. En 1923 el gobierno nacional premió su libro *Nefelibal*.

Obras: Poesía: *Oro y Piedra* (Edición de Nosotros. 1918;) *Nefelibal* (Editorial Tor, 1922); *Motivos del cielo* (Ag. Gen. de Libr. y Publ., 1914).

Indice. — *El pueblo del Sol* (Novela), Por Augusto Aguirre Morales. Lima. 1927. Ediciones de la Editorial y Biblioteca El libro nacional. (Calle Pacae, N.° 983. Lima. Perú.

Mi Mensaje a la Juventud y otras orientaciones. Por Santiago Argüello. México, 1928. Editores: Herrero Hnos. Sucs.

Amauta.—Alborozados anunciamos a los buenos americanos la reaparición de *Amauta*, de que es Director el egregio José Carlos Mariátegui. El n.° **10** —impregnado de ideas e incitaciones,—llega a nuestras manos. Reanuda, pues, su noble labor el famoso mensuario peruano. Léase, protéjase. En la Adn. del *Repertorio* hay ejemplares disponibles, a razón de ₡ **0.75** (0.20 oro am.), el ejemplar.

Señas de escritores.—Jorge Cuesta: Frontera, 116. México, D. F. México.

Santiago Argüello: San Luis Potosí, 93. México, D. F. México.

Elías Castelnuovo: Humahuaca, 3792. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Alirio Díaz Guerra: 76 Varick Str. New York City. U. S. A.

Rómulo Nano Lottero:—Calle 21 de Setiembre N.° 2872. Uruguay, Montevideo.

María Amalia Zamora: — Catamarca 1127. Bs. Aires, Rep. Argentina.

Juan Ulloa: — San Salvador, El Salvador.

Concha Espina: — Goya 103 Madrid, España.

José G. Antuña: — Poste restante 62, París; o 3, rue du Colonel Renard, París (17e.)

Luis E Nieto Caballero. Apartado 49. Bogotá. Colombia.

Luis Alberto Sánchez. Apartado 1253. Lima, Perú.

Bibliografía titular.—Héctor Cuenca (Apartado n.° 155. Maracaibo, Venezuela). *El surco vivo*: Segundo libro de versos de Héctor Cuenca. Poemas escritos de 1924 a 1926.—Con una página lírica de Alberto Guillén.—Ediciones Seremos.—Maracaibo, Venezuela. Impreso en París en MCMXXVII.

Montiel Ballesteros (M. García 1246. Montevideo. Uruguay): *Luz mala* (Narraciones).—Luz mala. El mando de la maestra. El buen mozo diablo. El *marcau*. América.—Carátula de Héctor Fernández y González. Ediciones de Nuestra América. Buenos Aires. 1927.

Germán List Arzubide (Aptdo. 71. Ver. México): *Emiliano Zapata*. Exaltación. Talleres Gráficos del Gobierno de Veracruz. Ja-

lapa. 1927.—*plebe* (poemas de rebeldía). Puebla, México. 1925.

Agustín Venturino: *Sociología primitiva chileindiana*. Con comparaciones mayas, aztecas e incásicas. Edit. CERVANTES.—Barcelona. 1927.

León de Bayle (León de Nicaragua): *Les emprunts exterieurs et la reforme monetaire de la Republique du Nicaragua*. Lebrairie Generale de Droit et de Jurisprudence. París. 1927.

Palabra. Conferencias y Discursos. 1915-1927. Por José G. Antuña, París. Editorial PARÍS AMÉRICA.

Las niñas desaparecidas. Novela. Por Concha Espina. RENACIMIENTO. Madrid.

Cooperación. Sociedades Cooperativas y Cooperativas escolares. Por Julio César Marote. Montevideo. 1927.

Las reinvindicaciones femeninas. La mentalidad y la condición de la mujer —El trabajo de la fémina.—El amor y el matrimonio.—La vida del niño y la familia.—La criminalidad sexual. —La transformación social y la cultura.—La felicidad.—La mujer de mañana y el pacifismo. —Apéndice bibliográfico. Por Santiago Valentí Camp. Prólogo de Regina Lamo. J. Ruiz Romero, editor. Barcelona.

A dónde vas, alma. Por Juan Ulloa. San Salvador. 1927

El eco rusticano. Poesías. Por María Amalia Zamora. Buenos Aires. 1927.

Realización integral de la reforma.—El partido nacional reformista. Por Julio V. González. Publicaciones del Centro de Ciencias Económicas. Charcas 1835. Buenos Aires, 1927.

Comentarios. Polémica sobre literatura chilena. María Eugenia Vaz Ferreira, Luisa Luisi, Alfonsina Storni, Enrique Rodríguez Fabregat, Alejandro Andrade Coello, Carlos César Lenzi.—Por Rómulo Mano Lottero.—Montevideo, 1927.

Otoñales. Por Alirio Díaz Guerra. Segunda edición. Maracaibo. Venezuela. 1926.

Extractos y más referencias de estas obras se darán en próximas entregas.

Indice.—El número aniversario (1907-1927) de *Nosotros*, el estupendo mensuario argentino de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales. Año **XXI**. Tomo **LVII**. Edición monumental, 500 y pico de páginas nutridas: *Un cuarto de siglo de vida intelectual*. Suscriben los estudios de la entrega memorable, firmas para nosotros tan gratas y conocidas como éstas (entre otras): Roberto F. Giusti, Alejandro Korn, Julio Noé, Jorge Luis Borges, Enrique Méndez Calzada, Alfredo A. Bianchi, Guillermo de Torre, J. Torrendell, Pedro Henríquez Ureña, Julio V. González, C. Villalobos Domínguez. Y exornan el tomo ilustraciones de Bilis, Ríos, Pelele y otros. Un magnífico regalo, querido Giusti, que estimaremos en justicia. Muchas gracias, muchas. ¡Adelante con la noble empresa!

Declaración de algunos intelectuales costarricenses.—«Declaramos que la VI Conferencia Panamericana es una comedia más al servicio de Wall Strett». — J. García Monge, Rafael Estrada, Moisés Vincenzi, Manuel Sáenz Cordero, J. Fernández Montúfar y José Angel Zeledón.

Señalamos, recomendamos.—*La sombra de la Casa Blanca*. Libro de emoción, de pasión, de verdad y de justicia. Por MÁXIMO SOTO HALL. El Ateneo, Librería Científica y Literaria. Florida 371. Córdoba 2099. Buenos Aires. 1927.

Pida esta novela en la Librería de Doña María v. de Lines.—Precio: ¢ 5.

La visita de Bornó

(De *Patria*. Sto. Domingo).

CONSIDERO innecesario advertir que avaloran la corona que ciñe las sienes de la América Española una soberbia perla negra y un soberano diamante lusitano, para afirmar que los presidentes de la América Española no deben ser medidos con pie inglés sino con vara castellana; es decir, que, para juzgarlos, sólo hay que preguntarse si su conducta está en un corazón con los intereses y la felicidad del conglomerado de Repúblicas de origen latino, y de ningún modo, si su conducta está de acuerdo con el interés y felicidad, absolutamente antagónicos, de la federación de Estados americanos de origen sajón.

En la Divina Comedia de nuestros días, grávida de la historia del futuro, esta política de la vara castellana, opuesta a la política del dólar, condena al presidente Bornó sin remisión, al infierno. ¿En qué otro lugar pondría el Dios florentino, a quien traiciona a la gran patria latino-americana, sofocando la libertad de una hermosa región de ella, para encadenarla al carro del enemigo invasor? Provincia gloriosísima, unidad inicial de belleza y valer incomparables, es Haití de la América Española; y Bornó, segregándola, de un tajo, de su cuerpo natural, merece ir, cortada la mano, rapada la cabeza y con la carlanca al cuello, al fondo del Averno, como réprobo dantesco.

Acá estamos los dominicanos, unos para gozar, y son los más, y otros prestos al sacrificio por la honra y la existencia de ésta República que Duarte soñó y que Sánchez creó: la media docena de truhanes que socapa de senador, diputado, comerciante o periodista, se arroga, desde una mesa del Fausto, entre copitas de whisky y vasos de cerveza, la dirección de nuestra vida social, bien puede aplaudir al «presidente» Bornó y obligar a sus mujeres a arrojar flores a su paso, abrir sus salones para adularlo en la sorda confusión de la borrachera y el jazz-band; pero los que velan por el decoro de la República, los que permanecen fieles al ideal de Bolívar, los que miran, como legado inviolable, el territorio nacional, los que no muerden, junto con el pan del presupuesto, las entrañas de la nación, ni le beben hipócritamente la sangre en cáliz de oro, ésos tienen el derecho, derecho sagrado e ineludible por tanto, de protestar contra la visita de un falso presidente de Haití, de un presidente sostenido en el solio presidencial por las bayonetas del United States Marine Corps, y a quien, suprimidas éstas, el pueblo haitiano, el verdadero pueblo de Toussaint, de Dessalines, de Petion, de Lamartiniére, de Capoix, de Charlemagne Peralte, arrojaría del solio a puntapiés; de un presidente, en fin, que no puede ser medido con la simbólica vara castellana de que hablé, porque es el más caracterizado representante criollo, en el corazón mismo del continente hispánico, de los intereses, de la ambición y de la ferocidad del imperialismo yanqui.

AMÉRICO LUGO

Invitación a la lectura de Rainer María Rilke

= De *El Mercurio*, Santiago de Chile =

Ya se cerró el ojo amante de lo sobrenatural en lo natural de Rainer María Rilke. Su muerte ha desatado su traducción al francés, y mes a mes entregan las editoriales algún libro suyo. Más le hubiera valido darle antes la alegría de esta expansión en la lengua que él amó sobre la suya: la francesa. El no leyó en francés sino una selección de *Les Cahiers de Malte Laurids Brigge*.

Aunque le importaba poco a este ultra aristócrata, amador de todas las tierras por donde ambuló, y desdeñador de las camarillas que hacen la fama como un objeto de caucho químico en cualquier tierra, él no habría mirado con indiferencia su mediana gloria francesa de 1927.

Todavía asoman, de tarde en tarde, en el mundo fétido de la literatura, algunos casos de amistad literaria genuina que se sitúan bajo el signo de las amistades próceres Carlyle-Emerson o Goethe-Eckermann. Su encuentro da un goce de planta rezagada de su estación. Porque eso también *se va*.

Rilke supo hacer en Francia dos amigos cabales en Edmond Jaloux y Paul Valery. Jaloux pasa por desdeñador de la literatura francesa, a fuerza de ser el mejor crítico de las literaturas extranjeras; empieza a sufrir ataques de los «imperialistas de la lengua francesa». Lleva diez años de señalar con cita insistente a Rilke como el primer escritor de raza alemana de su tiempo, y acaba de publicar un folleto sobre él. Valery ha correspondido a Rilke con admiración de sus traducciones al alemán.

Todavía huelen a gases asfixiantes los ambientes literarios francés y alemán, y los nuevos valores del otro lado de Rhin tienen que repechar, caminando hacia Francia, y no digo los franceses, para alcanzar Berlín.

Yo me quedo sin creer en el monopolio latino de la obra maestra, según el canon de Daudet. El Espíritu Santo ha tenido el buen gusto de no levantar residencia visible en ninguna de las capitales intelectuales de Europa xenófoba, y se muda en brinco desconcertante de Rusia a la India, a Inglaterra, a Francia y... a Estados Unidos.

Rilke nació de familia noble en Praga, hacia 1875. Sus retratos y un buen busto suyo, nos dan un hombre enjuto, delgada flecha de la vida, de frente amplia, ceja dura que el párpado bajo suaviza, mejilla casi seca; boca viril, algo gruesa; el bigote mongólico, de no ser rubio. (El ojo, dicen, era claro y muy dulce).



Rainer María Rilke

El quiso dejarnos también, como La Rochefoucauld, su medalla un poco menos complacida, por cierto, que la del francés.

«En el arco de los ojos, la persistencia de la antigua nobleza. En la mirada, todavía, el miedo y el azul de la infancia; la humildad aquí y allá, no la del lacayo, sino la del servidor y la de la mujer. La boca, en la forma grande y precisa de boca, no persuasiva, pero expresando la rectitud. La frente, sin maldad y voluntariosa, en la sombra de una cara inclinada en silencio».

«Como de la mujer», dice Rilke, sin temor de que la comparación le disminuya. Se le ha llamado el poeta del niño y de la mujer. Mejor que los sensuales nos entendió: ya se dijo que el que mucho se aproxima a un objeto deja de verlo. Para amar al niño le ayudó la memoria de su infancia. ¿No viene del olvido de ella el endurecimiento en que acabamos? Rilke se recuerda niño con una ternura maravillosa, y esto lo libró de la monstruosidad que es ser adulto entero, hombre o mujer absoluto, sin la franja de oro de ninguna puerilidad, sin una arenilla extraviada de los cinco años, en el corazón viejo.

Los pocos escritores a quienes se acercó y dejó que se le acercaran en París, recuerdan a un hombre de una distinción extraordinaria, con maneras de rey (si los reyes las tuvieran a su medida), con el espíritu verdaderamente derramado en su cuerpo y su gesto. Su amistad fué superior, difícil, como que en ella gastaba él la misma materia preciosa que en un capítulo o en una estrofa.

«Lo que significa una hora pasada con Rilke, como antes una pasada con Proust, no se parece a ninguna hora pasada con otro hombre, ni aún de igual talento», dice Jaloux.

Se cuenta cómo la poesía no fué en él la hora urgente en que el verso (o la prosa tensa como el verso) saltan del hombre como la chispa de la rueda, sino el día, la estación y el año.

Vivió dentro de la nube eléctrica de su poesía; y acercarse a él significaba efectivamente salir de una atmósfera y conocer mudanza evidente de elementos. Sin didáctica, purificaba al amigo, por simple contacto.

Semejante amistad no puede volverse democrática. Rodin, hombre que gozó de muchas dichas, la tuvo también; Jaloux supo merecerla por su mente aseada de envidia y aludirá siempre a esta fortuna como quien voltea un diamante para sacarle luces inéditas cada vez.

Más de diez años vivió en París. Gustaba de la gran ciudad como del lugar del mundo en que es posible encontrar por las calles fisonomías de aquellas que sólo dan los sueños; y la amaba así, a la manera de Baudelaire, como productora de larvas que en otra parte cuesta cuajar. De su paso por España no se sabe nada. En el hombre reservado el sol no fundió nada.

Hombre de casta dirigente, debía optar por almirantazgo, capitanía, magistratura o cardenalato. Lo pusieron, pues, en una escuela de cadetes, de la que dijo palabras que convienen a la imbecilidad de muchas escuelas.

«¡Este *sabotage* que se llama educación y que despoja al niño de sus propias riquezas para substituírselas con lugares comunes!»

Dejó un buen día a sus compañeros de uniforme y se fué a hacer estudios más propios de hombre en Alemania. Tuvo la flaqueza del libro de versos prematuro, de los 18 años, que recogió poco después honestamente. Comienza enseguida su pasión de viajar que le gastará la vida. ¿Dónde no estuvo Rilke? En Italia, en España, en Egipto y Marruecos, en Escandinavia, en Rusia, en París? El viaje, que generalmente barbariza, no le interrumpía ni le desordenaba la vida interior, que en en cualquier tierra es la única realidad.

Si se queda clavado en la casa de sus mayores, hombre de semejante tortura interna, entregado a las fieras de la imaginación, habría caído en la amargura morbosa de Andreieff, del que algo tiene en la pasión del misterio angustioso. La cretona violenta del mundo, que él cortaba en sus trenes y sus barcos, mudándole imágenes, le libraba siquiera a medias de los demonios del cuarto cerrado.

(Pasa a la página 76)

Página lírica

de Armando Bazán

Le adjunto una página lírica de Armando Bazán, secretario de Amauta y director de Poliedro que acaba de salir de la Isla de San Lorenzo después de cerca de cuatro meses de prisión.

Mariátegui

(Fragmento de carta.—Lima 25, setiembre de 1927)

Vigilia No. 5

Tu última sonrisa triste
me persigue como una
mariposa
agonizante.

Mi angustia
corre como un viento afilado
cayendo y levantando entre la noche ciega.
Busca un sonido
siquiera de tu voz.

Alma atormentada de divinidad!
La tarde solía hacerse madre
arrodillada,
para lavar con su agua pálida
la huella de tus lágrimas.

El silencio es una túnica de nieve
que viste mi orfandad en la tiniebla.

Así llego hasta la última
orilla de la noche.

Con el *alba sonámbula*
retorna la angustia
enredada entre las ramas
confusas
de la luz.
Pájaro agonizante
llega a esconderse
en los abismos turbios de mis ojos.
En el Océano de la noche
no pudo encontrar el nido de tu voz.

Able

En Asia
las manos amarillas
levantan banderas rojas

Todo empapado en sangre
el gran *dragón de la China*
abre los ojos
somnolientos de siglos
a una nueva mañana que
a m a n e c e.

El Sol como una trompeta
retumbó sobre los hielos
de la estepa rusa:
Shanghai está de pie
centinela del Oriente
refulge su espada como el mediodía.



Armando Bazán

Sobre el cansancio letal de Budha
estallan como dos latigazos
las proclamas de Lenín y Sun Yat Sen.

Explosiona otra vez
la dinamita
que abre vírgenes senderos:
—incendio de nuevos horizontes—
la revolución.
Y desde Cantón hasta Marruecos
tiemblan las bases del mundo.

En la torre más alta
de la inquietud
se empina la atención del mundo.
Y haz millones de gritos
que sacuden
las murallas de Pekín.

Jardín botánico

La Luna hizo con las nubes la danza de los siete velos y entró a un camarín del Occidente. Estoy bajo los árboles... Quiere volar mi pensamiento pero se enreda entre los enramajes apretados como un pájaro ciego.

Las palmas de siluetas modernas, con agua blanca y fresca del alba, peinan sus cabelleras en el viento. Las palmas peluca a la garçonne.

Las manos estilizadas del día amarillento, en el bruñido azafate del horizonte, levantan un sol sangrante como la cabeza de San Juan.

Las flores cambian mensajes de perfumes.

Llegan los estudiantes de ojos anestesiados y la morgue abre sus puertas a la sabiduría y a la muerte.

La entrega

Entregarse y entregar, era la gran inquietud de su vida. Y se entregaba como una fuente de agua limpia y entregaba su emocion y sus pensamientos como un árbol su sombra y sus frutos. Había logrado hacerlo espontáneamente, libremente. Y no había ni una mancha de vanidad en sus entregas. Gozaba como goza una lámpara encendida cuando entrega su luz para la fiesta.

No le gustaba recibir. Le quemaba las manos, la vez que tenía necesariamente que extenderlas para recibir. Y no era por vanidad tampoco.—Era porque no le sabían dar.

Esta vez, no tenía nada que dar y no quiso recibir. Se introdujo en la sombra. En el sótano más negro de la sombra. Y allí todavía se hundió en sí mismo.... Caminaba ya a su más negro abismo interior, pero sintió un aliento frío que le tocaba en la frente. Cuando abrio los ojos: la sombra como una mendiga, le extendía las manos cavernosas y le pedía luz.

Página lírica
de Enrique de la Osa

México, octubre 2 de 1927

Querido García Monge:

Van dos poemas, inéditos, de Enrique de la Osa, nuevo poeta cubano, de una gran intensidad. Creo que son merecedores de ser publicados en su Repertorio, *cosa que sinceramente le agradecería.*

Con un cordial saludo,

Martí Casanova

Una nota genuina e inconfundible, entre la de sus coetáneos contemporáneos nos la ofrece con su obra poemática el cubano Enrique de la Osa. No se trata, ciertamente, de un hombre que ve las cosas y otea al mundo, bajo el prisma, convencional, de la novedad: sino que él mismo, es, por esencia, un hombre nuevo, de nuevo cuño y novísima sensibilidad, que afronta los problemas de nuestra hora, descubriendo en ellos aspectos y matices insospechados, por su osadía. El con Mariblanca Sabas Alomá, son los poetas cubanos genuinamente revolucionarios de nuestra hora.

atardecer en el campo

en el campo
la tarde
se desnuda
como una gama

y los labriegos
vestidos de sudor
perfilan sus siluetas indolentes
sobre la tela del ocaso

las guardarrayas
corren hacia la noche
a través de las vegas
perforadas de sombras

canciones de los grillos
vigilan
el último km. del día

todos los árboles se duermen
en los brazos de la campiña

y el sol
herido de crepúsculos
agoniza
en una esquina del cielo

marina

en la tarde
7 horas
contemplan de las torres del zenit
un sol que se ha dormido en las arenas

canes hidrófobos
las olas
muerden el torso de la playa
y una barcaza
como tijera
corta el vestido de la mar
las bayonetas de sus mástiles
destrozan la neblina

los grumetes ofrecen las pupilas
llenas de soñolientas distancias
sus palabras
retozan en el humo de las pipas

y en el velero
de la noche
huyen los nautas del cielo
hacia los horizontes de la aurora

Lindbergh... Sandino...!!

Mientras el gesto patriótico temerario de Sandino *va siendo borrado por las granadas que lanzan los aviones militares de los Estados Unidos, los pueblos hispano-americanos reciben al aviador* Lindbergh *con delirantes ovaciones, no obstante que comprenden que un boicoteo* incondicional a todo lo norteamericano *será lo único que pueda hacer rectificar la política amenazante del actual gobierno estadounidense.*

Destino manifiesto de los pueblos enanos
—enanos por la talla y aun por el corazón—
que tan sólo generan esclavos y tiranos
enfermos de la misma perentoria ambición,

que al recibir los golpes acarician las manos
descargadas sobre ellos en recio bofetón,
es morir destrozados —indefensos gusanos—
por fuerte garra de águila o zarpa de león.

Y cuando en ellos surge, como por sortilegio,
un brazo solitario que tiene el privilegio
de hender la propia cara del **ajusticiador,**

del holocausto se alza radiante sol de gloria
y rasgando sus velos hipócritas, la Historia
se asoma a ver el paso del **nuevo redentor.**

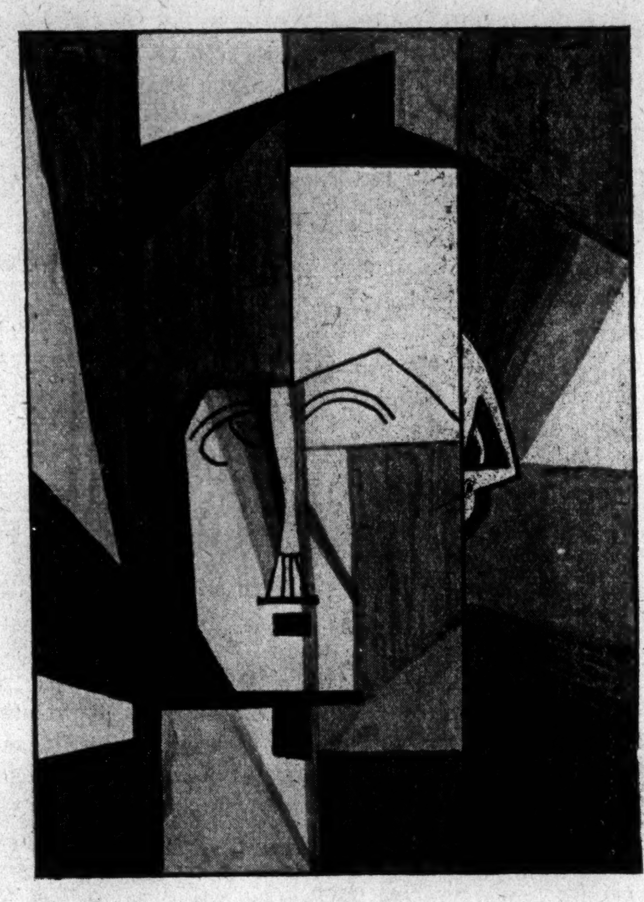
José María Zeledón

San José, Costa Rica
Enero de 1928

MOISES VINCENZI

MI 2ª DIMENSION

PROLOGO DE JOSE VASCONCELOS



F. AMIGHETTI

SAN JOSE, COSTA RICA, IMPRENTA TREJOS HERMANOS, 1928

La especie de los filósofos es todavía muy rara en nuestra América. Ni siquiera los Estados Unidos del Norte, que ya poseen una cultura homogénea y sistematizada, pueden ufanarse de contar con verdaderos creadores de pensamiento. Nada de extraño tiene el caso si se considera que en el filósofo han de juntarse dos categorías excelsas, la del inventor y la del sistematizador. Muchas razas bien dotadas y que ya han completado el ciclo de una cultura verdadera, suelen, sin embargo, mostrarse escasas cuando se les pregunta por el nombre de uno de esos organizadores de saber; cabezas sin las cuales no puede decirse que un pueblo o una época hayan alcanzado conciencia de su misión y de su instante, ya no digo conciencia del problema infinito del sér. Así de limitada es la idiosincracia humana.

Logicamente las civilizaciones deberían de comenzar con el filósofo. Nadie puede reemplazarlo para sentar bases, para fijar rumbos y construir planes. Pero somos un resultado turbio del azar y del impulso inconsciente, y no es sino dentro de la corriente confusa donde se va delineando poco a poco, ya ni diré una orientación, pero sí, por lo menos, una manera de sobreponerse a la tendencia caótica, un intento de escapar al engranaje fatal que la sombra y el dolor tejen con nuestra sustancia, aparentemente sin más norma que el ritmo perenne y fatal de una infecunda repetición. Las civilizaciones nunca comienzan con el filósofo, por la secreta y evidente razón de que el mundo no es obra de la mente divina, sino una desviación y un error de la potencia que se equivoca y da traspiés entregada a sí misma. La vida entonces sería un proceso totalmente perdido, si no le fueran naciendo de su propia confusión instintos e iluminaciones que le permiten rectificarse y acaso salvarse, salvarse de sí misma; salvarse del pecado original de ser o de pretender ser, allí donde sólo el Todo posee derechos a la existencia. Por causa de todo esto los filósofos llegan después, a la hora penúltima de las culturas y a cumplir la función del relámpago que nos descubre sendas para el paso que resbala en la noche de fango, tormenta y confusión.

Llega siempre un poco tarde el filósofo. Les sucede a los pueblos lo que a los individuos que alcanzan la sabiduría cuando ya no pueden hacerla fecunda. Volvemos el rostro hacia atrás y contemplamos todo el derroche de fuerzas mal empleadas que fue la juventud; pero ya ni el ánimo ni el músculo se deciden a reemprender la ruta por donde pasamos en balde... Y es porque esto no tiene más remedio que dejarlo; digámoslo francamente y sin asomo de pesimismo, o si se quiere, en nombre de un pesimismo mundano pero con optimismo trascendental. A pesar de todo, somos algo que supera al mundo. De ahí nuestra inadaptación necesaria y consoladora.

Optimismo porque sabemos de un avatar mejor; pesimismo absoluto con respecto a todo lo que se desenvuelve en esta esfera y con miras a ella misma. ¿No era esta una de esas tesis con las que yo me propuse, hace ya muchos años, hacer filosofía? Quizás la abandoné porque es una de las verdades que ya están bien dichas y demostradas en la sagrada Teología.

Pero volvamos a nuestros juegos y pasatiempos de filósofo. La imaginación va y viene y se adelanta y retrocede y hace como que crea y aun se ufana, no obstante que todavía no ha podido, la pobre, inventar siquiera uno de esos paisajes que la naturaleza prodiga, a millones por instantes... Impotente delante de Dios, dejémosla que juegue con las cosas de los hombres, y pensemos, por ejemplo, en lo que hubiera sido la Grecia si en vez de hacerse sola y echarse a perder, se conforma con que Platón la moldee a su antojo... En lugar de la breve aventura histriónica de Alejandro, hubiéramos contemplado la República inmortal imponiendo su magia a todo el planeta. Pero los pueblos son tan viles que no se burlan de la sabiduría de Platón, pero se someten, sin réplica, a la bota de Alejandro. Después llaman gloria al escarnio y a la ignominia; razón de la historia. Prueba evidente de que la carne no merece las luces del espíritu. Y advertencia segura de que el espíritu ha de buscar en sí mismo y en su esencia la cabal realización.

Por doquiera se comprueba la misma incapacidad de la sustancia, que pòr los menos nunca logra ajustarse a la velocidad del espíritu. Quizás el problema es una simple cuestión de intensidad... Unos seres están bajo cero, otros arriba. El cero en este caso marcaría un cambio de rumbo y de manera, si no un cambio esencial. Presumo que en esto estoy dentro de la escuela vincenziana de las dimensiones.

Ya se ha hablado mucho de categorías—padre Aristóteles, sabio y maestro Kant.—Pero cada época tiene, con su sistema social, su terminología. A la realeza, al feudalismo y al imperio corresponde cierta jerarquización peculiar de los conceptos. La presente era científica ha menester de que los conceptos se le den como los datos de un problema de física. He aquí cómo me explico yo la aparición de todas estas doctrinas de las dimensiones y los planos. La ciencia ha menester de cifras y lugares. Conforme a esta necesidad, ordena el mundo de las ideas, y así se producen estas filosofías geométricas, por una analogía tan fatal como la que obligó a las primitivas filosofías poéticas a hablarnos por ejemplo de los elementos. ¡Desde Empédocles

hasta Einstein la misma claridad aparete y la misma profunda infinita incomprensión de las esencias!

No puedo yo emprender un examen analítico de la tesis de Vincenzi; me falta, para lograrlo, la cabeza matemática. Tampoco puedo yo presentar a quien ya es bien conocido y admirado dentro y fuera de su patria nativa. Lo más que yo he alcanzado a comprender de estas teorías de las dimensiones, tal como las he leído en Berdayeff, en Ouspensky y en Vincenzi, es que con el concepto de tiempo forjan una analogía dimensional que les sirve para volver a tratar todos los problemas clásicos, ya no conforme al espacio y tiempo kantianos sino de acuerdo con el llamado espacio-tiempo de la geometría ideada por Reimann. A primera vista creemos encontrarnos delante de una confusión de conceptos. ¡Cuando se nos explica conforme a Riemann que el tiempo tiene la circunstancia de ser mensurable! Creemos ver claro. Pero se desentienden los no euclidianos, según parece, de lo que el tiempo tiene de esencial, de lo que Bergson ha llamado la *duree real*, para no fijarse sino en lo que posee de mensurable, y así lo reducen en sus cálculos a una mera categoria de espacio. De pronto creemos hallarnos ante una especie de prestidigitación de los conceptos. El tiempo se nos vuelve dimensión; no obstante, el alma se queda sintiendo que el tiempo es otras tantas cosas, además. Pero ya se sabe que sin exclusiones y simplificaciones no hay abstracción y no hay filosofía. El álgebra es el reino del sacrificio. Los que no amamos la matemáticas le culpamos precisamente eso, que de tanto generalizar y simplificar nos deja sin la esencia de las cosas. Nos da en cambio un concierto de signos que siempre contienen menos, nunca más de lo que se hallaba en la cosa.

Siguiendo hasta donde he podido el malabarismo complicado de la filosofía matemática, he creído entender que el tiempo se confunde con la extensión puesto que lo medimos, y que no podríamos medir la extensión si no llevásemos implícito el sentido del tiempo. La noción de lugar, indispensable para concebir el espacio, está también íntimamente ligada con el concepto de tiempo. En todo lo cual yo, a fuer de obstinado monista, descubro la fatalidad de unidad que mantiene ligadas las formas espacio y tiempo, tal como está unido en un mismo infinito, impenetrable nóumeno, todo cuanto concebimos y todo cuanto sentimos, todo cuanto somos. Somos, he ahí lo inefable, pues la categoría de existencia es el único firme y definitivo punto de partida y término final. Todo lo demás es prolificación. La existencia de Brahma y todo lo demás es apariencia, variante, manifestación.

Seguir en detalle la tesis de Vincenzi es algo que requeriría, además de la preparación necesaria, un espacio que nunca debe usurpar en tamaña extensión el prologuista. Que nos baste con decir que además del interés de la tesis fundamental, el libro contiene una infinidad de sugestiones, un derroche de atisbos que, por sí solos, bastarían para destacar la figura de Vincenzi como uno de los más libres, penetrantes y atrevidos pensadores del Continente.

Llenos de hallazgos están estos escritos, y aún así, cautivan más por lo que prometen y por lo que sugieren, que por la misma doctrina que en ellos va tomando cuerpo. Confiemos en que Vincenzi seguirá precisando y aclarando su tesis, hasta que podamos presentarla con orgullo, como una de las pocas realizaciones filosóficas que se han dado en nuestro ambiente hispanoamericano. Consideremos que el filósofo dice siempre su última palabra, en plena madurez, o más allá de ella. Una doctrina, por otra parte, sólo cristaliza en las acciones y reacciones de las corrientes espirituales.

Discutamos, reflexionemos la tesis de Vincenzi, contribuyendo de este modo a crear, dentro de nuestra ideología iberoamericana, el sentido filosófico fundamental de que hasta ahora ha venido careciendo.

José Vasconcelos

Invitación a la lectura de R. M. Rilke

(Viene de la página 72).

Italia le dió la amistad con Eleonora Duse; pero Italia no fué el clima de su alma, como él lo creyó en un principio: había traído un alma nórdica y del norte le venía todo; el héroe de su obra maestra Maltte Brigge, sería danés; llamará maestro a Jacobsen; el genio folklórico de Selma Lagerloff será una de sus admiraciones durables, y a Ellen Key dedicará sus *Historias del Buen Dios*. Esta dirá en el estudio de Rilke: «...La tendencia del temperamento nórdico a la vida interior le atrajo por sobre todo».

Vasconcelos diría que la latinidad echada a perder ya no podía ofrecerle nada. Sin embargo, él escribió una vez que, entre poetas, él quería ser Francis Jammes. Alabanza del opuesto, del opuesto absoluto. El poeta casi botánico, especie de Pomona masculina, cargado de frutos, no tiene agarradero posible para el espíritu de Rilke.

De su obra han hablado y siguen hablando los críticos; Jaloux asegura que su influencia sobre Francia apenas comienza y que durará largo tiempo. Yo sólo he querido decir algo de su vida, y mandar a *El Mercurio* estas páginas de la *Historias del Buen Dios* que aún no han sido traducidas al español. Para invitar a la lectura completa; para buscar amigos entre los nuestros al extraordinario varón que se llamó Rainer María Rilke, se manda esta menuda noticia suya.

Gabriela Mistral

Salón, octubre de 1927.

Dos fragmentos de Rilke

Sobre la poesía.—...Se debería esperar libando durante toda la vida, durante toda una larga vida, si es posible, y tal vez entonces, muy tarde, se podría escribir diez líneas que fueran buenas. Porque los versos no son, como algunos creen, sentimientos (los sentimientos vienen siempre muy temprano), son experiencias. Para escribir un solo verso hay que haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hay que conocer a los animales, hay que saber cómo vuelan los pájaros y qué movimiento hacen las florecitas al abrirse en la mañana. Hay que poder pensar en caminos abiertos en regiones desconocidas y en encuentros inesperados y en separaciones que se veían llegar desde hacía mucho tiempo; y en los días de la infancia, cuyo misterio no está todavía aclarado; y en aquellos padres a quienes había que herir cuando nos llevaban un gozo que nosotros no comprendíamos (era un gozo hecho para otros), y en aquellas enfermedades de la infancia que comienzan tan singularmente, por tan profundas y graves transformaciones; y en los días pasados en cuartos tranquilos y contenidos; en las mañanas a la orilla del mar, en el mar mismo, en los mares; y en las noches de viaje que temblaban muy arriba y que volaban con todas las estrellas; y no basta saber pensar en todo eso.

Hay que tener recuerdos de muchas noches de amor entre las cuales ninguna se parecía a la otra; y de gritos de mujeres aullando de la entrega del hijo y de ligeras, blancas y dormidas mujeres enfermas. Y hay que haber estado cerca de los moribundos y haberse quedado sentado al lado de los muertos en el cuarto, con la ventana abierta y los ruidos que llegan de repente. Y no basta tampoco con tener recuerdos. Hay que saber olvidarlos cuando son numerosos y hay que saber tener la larga paciencia de esperar que vuelvan. Porque los recuerdos en sí mismos no son todavía eso. Sólo cuando ellos se han vuelto sangre, gesto y mirada, cuando ya no se distinguen de nosotros, sólo entonces puede suceder que en

una hora muy rara, de en medio de ellos se levante la primera palabra de un verso.

(De *Les Cahiers de Malte Laurids Brigge*, de R. M. Rilke).

El extranjero.—Un hombre extranjero me ha escrito una carta. Pero no es de Europa de lo que me ha hablado este hombre extranjero, ni de Moisés, ni de los grandes profetas ni de los pequeños, ni del Emperador de Rusia, ni del Zar Ivan el Terrible, su peligroso antepasado. No se trata en su carta ni del alcalde, ni de nuestro vecino el zapatero, ni de la ciudad cercana, ni tampoco de las ciudades lejanas; los cabritos de las selvas donde yo me pierdo todos los días no aparecen tampoco en su carta. No me cuenta nada de su madre, ni de sus hermanas que seguramente se han casado hace mucho. ¿Cómo es que no me ha hablado de ellas en una carta de cuatro páginas? La carta me demuestra una confianza muy grande, mucho más grande que nunca; en ella él hace de mí un hermano y me habla de su desgracia.

Una noche, el hombre extranjero llegó a mi casa. Yo no encendí mi lámpara. Lo ayudé a quitarse su abrigo y lo invité a tomar el té conmigo, porque era justamente la hora de mi té cotidiano y porque para visitante tan familiar no había para qué darse mayores molestias. Cuando íbamos a sentarnos a la mesa, noté que mi huésped estaba inquieto, que su cara estaba llena de ansiedad y sus manos temblaban.

—Justamente—le dije—, tengo un mensaje para Ud.

Y me preparé a servirle el té:

—¿Toma Ud. azúcar o prefiere limón? Yo aprendí en Rusia a beber el té con limón. ¿Quiere Ud. probar?

Luego encendí mi lámpara y la coloqué en un ángulo alejado, un poco alta, para que la penumbra quedara en la estancia como antes, sólo más caliente, una penumbra rosada.

El rostro de mi huésped entonces pareció más seguro, más caliente y mucho más conocido. Yo lo saludé entonces con estas palabras:

—¿Sabe Ud? Hace mucho tiempo que le esperaba.

Y antes de que el extranjero tuviera tiempo de extrañarse, le expliqué:

—Sé una historia que no puedo contar más que a Ud. No me pregunte Ud. por qué. Dígame tan sólo si está Ud. cómodamente sentado, si su té está suficientemente dulce y si quiere Ud. oir mi historia.

Mi huésped debió sonreir. Después contestó simplemente:

—Sí.

—¿A las tres preguntas, sí?

—A las tres preguntas.

Los dos nos arrellanamos en nuestros asientos, de modo que nuestras caras quedaron más en la sombra. Yo dejé sobre la mesa mi vaso, gozándome de verlo lucir con un reflejo tan dorado, me abandoné lentamente y luego le pregunté de pronto:

—¿Se acuerda Ud. todavía del buen Dios?

El extranjero reflexionó, sus ojos se perdieron en la obscuridad y, con sus pequeños puntos de luz en las pupilas, se asemejaron a dos largos emparrados en un parque sobre los que estuvieran esparcidos, radiantes y anchos, el estío y el sol. Así, sus ojos comenzaban en un crepúsculo redondo, se estiraban en una obscuridad cada vez más estrecha hasta un punto lejano y centelleante: salida, del otro lado, hacia un alba acaso mucho más clara.

Mientras yo observaba esto, él dijo, vacilando y como sirviéndose contra su voluntad de su voz:

—Sí, yo me acuerdo todavía de Dios.

—Bien—le agradecí yo—, porque es justamente de él de quien trata mi historia. Pero, primero, dígame: ¿habla Ud. algunas veces con niños?

—De vez en cuando, al paso...

—¿Y no le han contado a Ud. que Dios, por una fea desobediencia de sus manos, no sabe cómo son los hombres? [1]

—Talvez he oído decir eso en alguna parte, pero no sé a quién — respondió mi huésped, y yo vi que recuerdos imprecisos atravesaban su frente.

—¡No importa! Oiga Ud. la continuación:

Largo tiempo Dios soportó esa incertidumbre, porque su paciencia, como su poder, es grande. Pero una vez en que desde hacía largos días espesas nubes se estacionaban entre él y la tierra, de modo que apenas si podía saber si todo aquello—el mundo y los hombres y el tiempo—no había sido simplemente un sueño, Dios llamó a su mano derecha que desde hacía mucho tiempo estaba desterrada y se escondía en pequeñas obras insignificantes.

Ella acudió apresuradamente, porque creyó que Dios iba por fin a perdonarla. Cuando Dios la vió delante de sí en toda su belleza, su juventud y su fuerza, estuvo tentado de perdonarla.

Pero reflexionó a tiempo y, sin mirarla, le ordenó:

—«Vas a bajar a la Tierra. Tomarás sobre ella la forma que veas a los hombres, y te pondrás desnuda sobre una montaña, a fin de que yo pueda verte distintamente. En cuanto hayas llegado abajo, acércate a una mujer joven y dile dulcemente: «Yo quisiera vivir». Habrá primero en torno tuyo una pequeña obscuridad, después una gran obscuridad que se llama la infancia y enseguida tú serás un hombre y subirás sobre la montaña, como yo te he ordenado. Todo esto no durará más que un instante. Adiós».

La mano derecha se despidió de la izquierda, diciéndole muchos nombres amables. Sí, aún afirman que de pronto, inclinándose delante de la otra dijo: «¡Oh, Espíritu Santo!» Pero ya San Pablo cortaba la mano derecha del Buen Dios y la entregaba a un arcángel que se la llevó bajo su largo vestido.

Mientras tanto, Dios cubrió con su mano izquierda la herida para impedir que su sangre corriera sobre las estrellas vertiéndose en tristes gotas sobre la Tierra.

Poco después, Dios, que observaba atentamente lo que pasaba abajo, notó que hombres vestidos de hierro se hacían en cierta montaña más numerosos y más activos que en torno de todas las otras. Esperaba ver aparecer su mano, pero no vió más que a un hombre envuelto en un manto al parecer rojo que arrastraba con pena una cosa negra y vacilante.

En el mismo instante la mano izquierda de Dios, que estaba posada sobre su sangre abierta, comenzó a agitarse y antes de que Dios pudiera impedírselo, ella dejó su lugar y erró como loca en medio de las estrellas gritando: «¡Ay, pobre mano derecha! ¡Y decir que no puedo ayudarla!...» Al propio tiempo tiraba del brazo izquierdo de Dios, del cual pendía, y se esforzaba por escaparse. Pero toda la Tierra enrojeció de la sangre de Dios, y ya no se podía distinguir lo que pasaba abajo. Y poco faltó entonces para que Dios muriera. Con un supremo esfuerzo él llamó a su mano derecha; ella vino pálida y temblorosa y se tendió en su lugar como un animal enfermo. Pero ni la mano izquierda—que sin embargo sabía tantas cosas y que había reconocido a la mano derecha de Dios abajo, sobre la Tierra, cuando subió a la montaña vestida con un manto rojo—ni ella misma pudo saber por su hermana lo que había pasado después sobre esa montaña. Lo que pasó debe haber sido espantoso, porque la mano

(1) Se refiere Rilke a otro cuento suyo que trata de la creación del hombre.

derecha de Dios no se repone todavía y sufre tanto con ese recuerdo como con la antigua cólera de Dios que no ha perdonado todavía a sus manos.

Mi voz se reposó un poco. El extranjero había escondido su cara bajo sus manos. Largo tiempo permaneció así. Después dijo con una voz, que yo conocía desde hacía mucho tiempo:

—¿Y por qué me ha contado Ud. esta historia?

—¿Quién otro la habría comprendido? Ud. ha llegado a mi casa sin rango, sin ocupación, sin función temporal, casi sin nombre... Estaba obscuro cuando Ud. entró; pero yo noté en sus rasgos una semejanza...

El hombre extranjero levantó una mirada interrogadora.

—Sí—respondí yo a su mirada muda—, yo pienso a menudo que acaso la mano de Dios está de nuevo en su camino...

Los niños han aprendido esta historia y, sin duda, les ha sido contada de tal manera que lo han comprendido todo, porque les gusta esta historia.

(De *Historias del Buen Dios*, por R. M. Rilke).

Rainer María Rilke

Es aventurado establecer categorías estéticas. Pero no se puede prescindir de ellas para enjuiciar con cierto orden la poesía y el arte de esta época caótica. El caos, en la poesía y en el arte, no es nunca tan absoluto como para no aceptar provisoriamente un orden que permita explorarlo y analizarlo. Las categorías pueden resultar un poco ficticias, pero constituyen siempre el andamio indispensable para la construcción de una tesis de varios pisos y sólo tres dimensiones. Para una tesis sobre la poesia contemporánea, cuyos materiales estoy allegando en mis horas de recreo, he concebido tres categorías: épica revolucionaria, disparate absoluto, lirismo puro. Más que tres categorías propiamente dichas me he esforzado por imaginar o reconocer tres líneas, tres especies, tres estirpes. Su mejor representación gráfica — todas las teorías modernas se caracterizan por la posibilidad de poder expresarse gráficamante — serían tal vez tres tallos paralelos que se alimentan del mismo humus, entrelazando y confundiendo en parte sus raíces. Todo lo que significa algo en la poesía actual es clasificable dentro de una de estas tres categorías que superan todos los límites de escuela y estilo.

La obra de Rainer María Rilke, el gran poeta, el *guter Europaer*, que ha perdido Europa poco antes que a Jorge Brandés, pertenece a la categoría menos sujeta a lo temporal, a lo histórico: el lirismo puro. Pocas clasificaciones presentan tanta facilidad como la de este dulce germano que amó a Francia y Rodin y escribió muchas de sus páginas bajo el cielo del Latium. En la obra de otros poetas contemporáneos, se combinan elementos de dos y hasta de tres categorias poéticas. Sergio Essnín, el poeta ruso que se suicidó hace más de un año, era también un «lírico puro», pero en su obra, determinada en parte por la atmósfera catastrófica y mesiánica de la Revolución, se encuentra un poco de «épica revolucionaria» y aún de «disparate absoluto». En Rilke la unidad sustancial y formal es completa. Rilke es sólo lírico. No ha empañado los cristales de su arte el hálito de la revolución.

Con él, Europa ha perdido su último romántico. Es decir al último poeta del romanticismo finito. Porque ahora nace un nuevo romanticismo. Pero este no es ya el que amamantó con su ubre pródiga la revolución liberal. Tiene otro impulso, otro espíritu. Se le llama, por esto, neoromanticismo.

El romanticismo del siglo diecinueve se resolvía en un individualismo radical. Tuvo la impronta de un siglo que se caracterizó por el culto del yo. Este culto representaba el acabamiento, la coronación de toda la aventura espiritual, de toda la experiencia filosófica del liberalismo. Pero este sentimiento exasperado del yo, conduce de su absoluta y megalómana exaltación a su total y bhúdica negación. Como lo observaba sagazmente Riviére, a propósito de Bergson y Proust, de la exaltación del yo se ha pasado a la desconfianza del yo. El subjetivismo extremo que se constata en una parte de la poesía de hoy, constituye ciertamente la última y ultraísta expresión del individualismo. De suerte que cuando Charles Maurras lo considera «la cola de la cola del romanticismo», aunque parta de sus peculiares puntos de vista, no anda descaminado.

La poesía de Rilke es la última etapa regular del romanticismo ochocentista. Es la obra del artista que en su última jornada resume armoniosa y quintaesenciadamente su experiencia. Romanticismo alquitarado que ha renunciado a todas las aventuras imposibles y que se ha remansado en la contemplación.

Se ha pretendido definir a Rilke, llamándolo «el poeta del silencio y de la muerte», etc. Pero, seguramente nada lo descubre y lo encierra más cabalmente como poeta que su propio pensamiento sobre la poesía. «Los versos — escribe Rilke — significan muy poco cuando se les escribe en la juventud. Se debería esperar, acumulando alma y dulzura, durante toda una vida larga si fuera posible; y después en fin, muy tarde, quizá se podría escribir diez líneas buenas. Los versos no son sentimientos, como creen muchos, sino experiencias. Los sentimientos se tienen demasiado pronto. Para escribir un solo verso es necesario haber visto muchas ciudades, hombres, cosas, animales; sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las pequeñas flores al abrirse en las mañanas; es preciso pensar en caminos de regiones desconocidas; en inesperados encuentros; en despedidas que se está sintiendo aproximarse desde hace tiempo; en los días de la infancia cuyo misterio no se acaba todavía de aclarar; en los padres ante quienes era necesario regocijarse cuando volvían trayendo una alegría incomprensible, porque era para otro; en las enfermedades de la niñez que marcaban el comienzo de graves transformaciones; en los días pasados en habitaciones calmas y contenidas; en las mañanas de alta mar en el mar mismo; en las noches de viaje que temblaban en lo alto y volaban con las estrellas y no es suficiente todavía pensar en todo esto. Es necesario aún guardar recuerdo de muchas noches de amor, de las que ninguna se parece a otra; de los alaridos en el parto; y la dulzura de las que luego son madres. Hay que haber estado al lado de los moribundos y haber quedado junto a los muertos en las piezas solas con la ventana abierta por donde los ruidos entran a golpes.»

Este juicio es fundamentalmente romántico e individualista. Supone que la obra del poeta se alimenta exclusivamente de su experiencia personal. De la riqueza y extensión de ésta depende el valor de aquélla. El poeta es concebido como un mundo cerrado en el que se va sedimentando, poco a poco, lo bello. Pero este juicio tiene el defecto de que no nos explica sino una parte de la poesía. No abarca la totalidad del fenómeno. Rimbaud, por ejemplo, queda al margen, monstruoso e inexplicable. El poeta sumo no es sólo el que, quintasenciados sus recuerdos, convierte lo individual en universal. Es también, y ante todo, el que recoge en un miuuto, por un golpe milagroso de intuición, la experiencia o la emoción del mundo. En

Cable

México, D. F. 4 de enero de 1928

Hon. Calvin Coolidge.
President U. S. of A.
The White House.
Washington D. C

Ucsaya protesta ante ese pueblo por flagrante atropello soberanía de Nicaragua abuso fuerza de ese Gobierno exterminando contra todo derecho patriotas que defienden hogar y suelo en cumplimiento deber (punto)

Asegurámosle toda América Latina y mundo entero simpatizan profundamente patriotas Nicaragua (punto)

Norteamérica debe rectificar con hechos tan censurable conducta (punto)

UCSAYA

(Unión Centro Sud Americana y Antillana).

los períodos tempestuosos es la antena en la que se condensa toda la electricidad de una atmósfera henchida.

Rilke amaba el silencio y amaba la muerte. Ningún poeta acaso logra como él de *El Libro de las Horas* una idealización tan absoluta de la muerte. El hombre nace con su muerte. Su muerte está con él. Es la conclusión y quizá si la esencia misma de su vida. El destino del hombre se cumple si muere de su muerte. La idea de la muerte está presente siempre en la obra de Rilke que la asocia frecuentemente a la idea del amor. Recordemos su balada sobre el amor y la muerte del alférez Cristóbal Rilke. Y recordemos los versos en que dice que la muerte «penetración profunda de las cosas—que cubre de silencio la última palabra del «Ser»—se presenta a cada uno en forma diferente: «al navío como una ribera y a la ribera como un navío:» *Dem Schiff als Kuste und dem Land als Schiff.*

José Carlos Mariátegui

Lima. Perú.

Vamos rodando

(Apuntes inéditos)

Una de las sorpresas que esperan al viajero en su segunda visita a una ciudad, es la del emplazamiento. La segunda vez la ciudad no está en la misma posición. Sus avenidas ya no corren de Norte a Sur, como cuando las conocimos, sino de Oriente a Occidente. La casa donde nos alojamos antes, es ahora otra casa, desconocida, rara, que no tiene siquiera la actitud del viejo pariente que no veíamos hace diez años. Ah, éstas extrañezas de la visión y del espíritu! Hace tiempos era esta una ciudad que sonreía a nuestra adolescencia cuando no habían empalidecido el espejo de nuestra retina, otros paisajes. Ahora, con un poco de melancolía, recordamos las palabras dichas ante otro retorno doloroso: «No volver nunca a los sitios donde un día fuimos felices!» Me parece que es de Barrés esta frase.

* *

El vuelo New York-París, de Mr. Lindbergh, no tiene sino una importancia acrobática. Mr. Lindbergh es sólo un volatinero afortunado.

* *

Los grandes cantantes, al revés de las cigarras, cantan en invierno para holgar en el verano. Para ellos, la giba de Esopo está invertida, está sobre el vientre.

* *

Inconcebible es que la cucaracha tenga también alas como la mariposa.

* *

El futbolista ha llegado a suponer que el balón es una reducción cómoda del globo terráqueo. Pateando aquél se imagina que patea el mundo.

* *

Si no queremos que la mujer que amamos deje de amarnos, transformémonos para ella todos los días.

* *

Muchas cabezas son como las de los fósforos, que alumbran un instante y se apagan.

* *

¿Podría ahora decir don Francisco de Quevedo que la mujer, como la espada, es más peligrosa cuando está desnuda?

* *

Cada vez que la mujer ama un nuevo aspecto de su marido es un poco adúltera.

* *

No creo que haya menos interés en las acciones humanas porque en ellas intervenga el amor, puesto que el amor mismo no es sino un interés instintivo.

* *

Aquella piedra que arrojan al vengativo pordiosero de uno de los apólogos de Tolstoi, y que él guarda para devolverla en mejor tiempo, se ha transformado en mi alforja en blando pan.

* *

El adjetivo es la rotación que anima los monigotes de las palabras. El verbo sólo les dá la expresión cuadriculada de los gráficos informativos.

* *

Así como la luz horizontal del automóvil iba llenando de sombra los agujeros del camino, las lámparas iguales de sus ojos iban llenando de tinieblas mi corazón.

* *

Para sentir que se está en la patria es necesario sentirse en ella un poco extranjero.

* *

En la fonda del puerto había una camarera de la olorosa islita de Aruba. Era castísima. Su nariz recordaba los nísperos natales, y su acento colonial sabía al queso rancio de los bergantines holandeses.

* *

Hagamos de todo dolor una serie de pequeñas alegrías, o una sóla alegría perdurable.

G. Castañeda Aragón

San José, Costa Rica
1928

Un estante de libros escogidos

En la Administración del Repertorio Americano se venden los siguientes:

José Chovenda: *La condena en costas* .... ₡ 14.00
A. L. Valverde: *Historia del comercio* 7.00
Rafael Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta* 3.00
Guillermo Jiménez: *La de los ojos oblicuos* 2.50
Apuleyo: *La metamorfosis o El asno de Oro* 2.00
Pedro Calamandrei: *Demasiados abogados* 4.75
R. Saleilles: *La posesión de bienes muebles* 10.00
J. Stuart Mill: *Autobiografía* 1.50
F. de la Vega: *Ideas y Comentarios* 5.00
E. Ziamatin: *De cómo se curó el doncel Erasmo* 2.25
Oscar Wilde: *Huerto de granadas.* Novelas 3.00
Jaime Torres Bodet: *Margarita de niebla* 3.00
Alberdi: *Las Bases* 4.00
Sarmiento: *Recuerdos de Provincia* 4.00
Medardo Angel Silva: *Poesías escogidas* 2.00
Luis L. Franco: *Coplas del pueblo* (1920-1926) 3.00
C. O. Bunge: *Historia del Derecho Argentino* (2 vols.) 10.00
C. O. Bunge: *Estudios Jurídicos* 6.00
Máximo Gorki: *Malva* y otros cuentos 0.50
Bernardo J. Gastelum: *Inteligencia y símbolo* 3.50
Alberto Masferrer: *Estudios y Figuraciones sobre la vida de Jesús* 3.00
Poema del Cid. Texto y traducción 2.00
R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos* ... 13.50
José Vasconcelos: *Ideario de acción* 1.50
J. Ortega y Gasset: *Espíritu de la Letra* 3.50
Arturo Borja: *La flauta de ónix* 2.00
M. Meunier: *La leyenda de Sócrates* 3.50
Benito Lynch: *Las mal calladas* 4.00
R. Benedito: *Natura.* Cantos infantiles (Pasta) 8.00
Alberto Guillén: *Deucalión* 2.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana.* (Novelas) 3.00
Santiago Argüello: *El alma dolorida de la Patria* 3.00
Rodolfo Sohm: *Instituciones de Derecho privado romano* 17.ª edición 17.00
Enrique Heine: *Memorias y Cuadros de Viaje* 5.50
Jorge Mañach: *Estampas de San Cristóbal* 4.00
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid* 1.00
Alberto Guillén: *El Libro de las Parábolas* 2.00
José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea* 3.00



Lado Oeste Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica